

PERSONAJES.

ESCALO, príncipe de Verona.

PARIS, joven noble, deudo del Príncipe.

MONTESCO }
CAPULETO } jefes de dos casas enemigas.

UN ANCIANO, de la familia de Capuleto.

ROMEO, hijo de Montesco.

MERCUCIO, deudo del Príncipe y amigo de Romeo.

BENVOLIO, sobrino de Montesco y amigo de Romeo.

TEOBALDO, sobrino de la señora de Capuleto.

FRAY LORENZO, franciscano.

FRAY JUAN, de la misma orden.

BALTASAR, sirviente de Romeo.

SANSÓN }
GREGORIO } sirvientes de Capuleto.

PEDRO, sirviente del ama de Julieta.

ABRAHAM, sirviente de Montesco.

UN BOTICARIO.

TRES MÚSICOS.

PAJE DE PARIS.

OTRO PAJE.

UN OFICIAL.

LA SEÑORA DE MONTESCO.

LA SEÑORA DE CAPULETO.

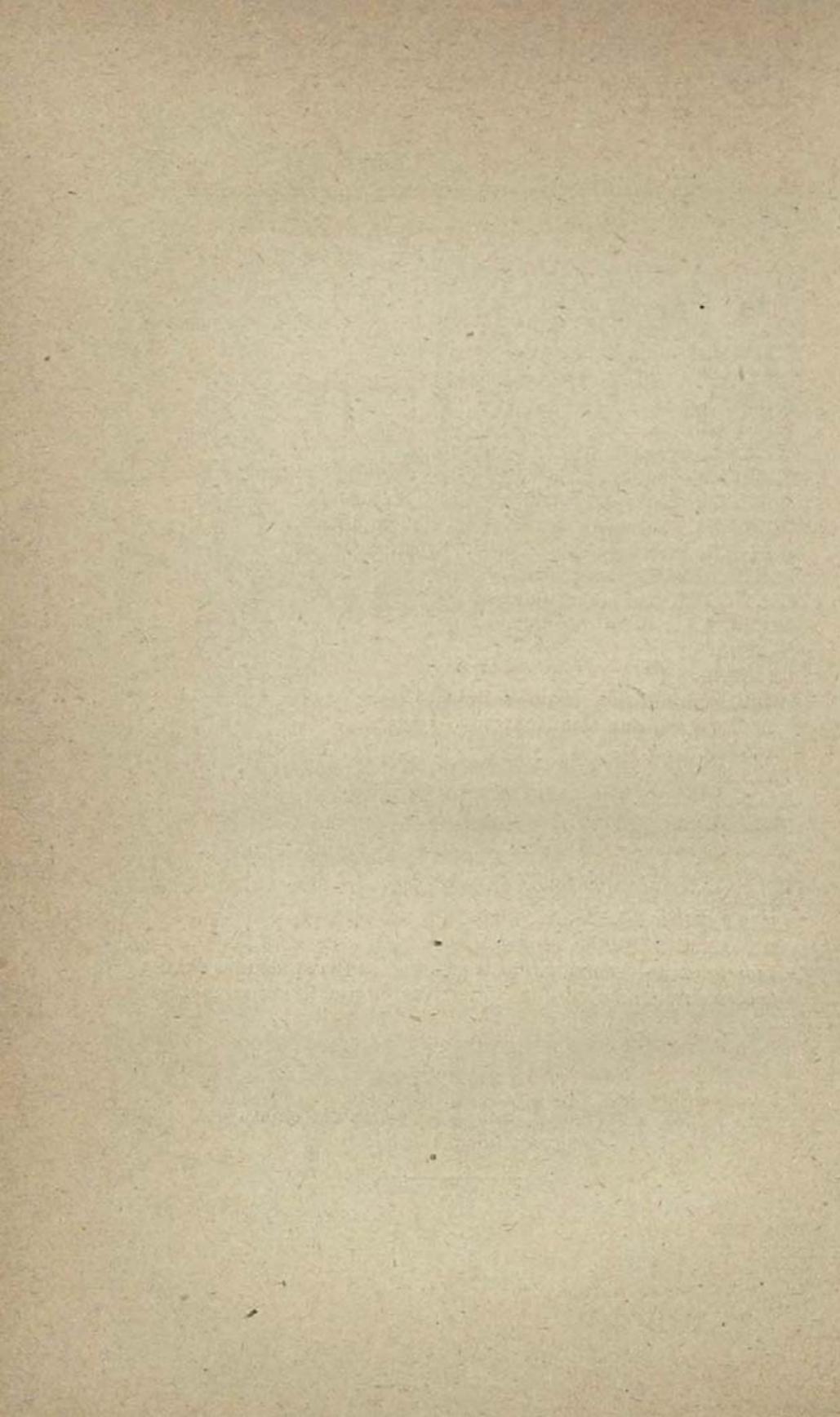
JULIETA, hija de Capuleto.

AMA DE JULIETA.

Ciudadanos de Verona, varios hombres y mujeres, deudos de una y otra casa, enmascarados, guardias, alguaciles y sirvientes.

CORO.

La escena en Verona, excepto en parte del quinto acto,
que pasa en Mantua.



PRÓLOGO.

Entra CORO.

CORO. Des familias iguales en nobleza
En Verona, lugar de estos amores,
Derraman, por recíprocos rencores,
Sangre inocente con bratal fiereza.
A sus hijos fatal naturaleza
Hizo esclavos de acerbos sinsabores;
Y término al furor de sus mayores
Fué su muerte y su amor y su tristeza.
El fin crüel de su amoroso trance
Y aquel odio de raza hereditario
Que sólo acaba con tan fiero lance,
Dos horas va á ocupar el escenario.
Oíd con atención la triste trama,
Y supliremos lo que falte al drama. (Vase.)

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Verona. — Una plaza.

Entran SANSON y GREGORIO armados de espadas y rodelas.

SANS.—Gregorio, ¡por vida mía! No hay por qué agachar las orejas.

GREG.—Evidentemente, pues fuera manifestarse acémilas.

SANS.—Quiero decir que si nos hurgan debemos respingar.

GREG.—Eso es: largar la albarda.

SANS.—Fácilmente me disparo si me hurgan.

GREG.—Pero no es fácil hurgarte para que te dispires.

SANS.—Cualquier perro de la casa de los Montescos me dispara.

GREG.—Quien se dispara se va, pero el valiente se pára; por lo tanto, si te disparas, huyes.

SANS.—Un perro de esa casa me dispara y me pára. Pongo pies en pared si me tropiezo con cualquiera hombre ó mujer de la casa de los Montescos.

GREG.—¡Qué necio eres! Si pones pies en pared, te caes de espaldas.

SANS.—Es verdad, y de débiles es caer de espaldas. Por tanto, al arroyo con los Montescos y á la acera con sus doncellas.

GREG.—La querella es entre nuestros amos, y nosotros somos sirvientes.

SANS.—Tanto monta. Seré tirano. Después de luchar con los hombres, me mostraré cruel con las doncellas. Las exterminaré.

GREG.—¿Cómo es eso?

SANS.—Entiéndelo como quieras. Ya sabes que no soy rana.

GREG.—Ni carne ni pescado. Desenvaina, que llegan dos de la casa de los Montescos.

SANS.—Ya está fuera mi espada. Peléate tú. Yo te defenderé.

GREG.—¿Qué haces? ¿Vuelves las espaldas y huyes?

SANS.—No quiero asustarte.

GREG.—¿Asustarme tú?

SANS.—Coloquémonos de parte de la ley. Que ellos comiencen.

GREG.—Frunciré el entrecejo al pasar, y tómenlo como quieran.

SANS.—Como se atrevan á tomarlo. Los miraré y me chuparé el dedo. Oprobio será si lo aguantan.

Entran ABRAHAM y BALTASAR.

ABRAH.—Caballero, ¿os chupáis el dedo porque pasamos?

SANS.—Caballero, es verdad que me chupo el dedo.

ABRAH.—Caballero, ¿os chupáis el dedo porque pasamos?

SANS.—(Aparte á Gregorio.) ¿Está la ley de nuestra parte si respondo sí?

GREG.—(Aparte á Sansón.) No tal.

SANS.—Caballero, no me chupo el dedo porque pasáis, pero me chupo el dedo, caballero.

GREG.—¿Queréis camorra, caballero?

ABRAH.—¿Camorra, caballero! Ni semejante cosa.

SANS.—Si la queréis, aquí me tenéis. Sirvo á tan buen amo como el vuestro.

ABRAH.—Mejor, no.

SANS.—Corriente, caballero.

GREG.—(Aparte á Sanson.) Dí «mejor», que hacia este sitio llega un pariente del amo.

SANS.—Mejor, caballero.

ABRAH.—Mentís.

SANS.—Desenvainad si sois hombre.—Gregorio, acuérdate de tu golpe maestro. (Pelean.)

Entra BENVOLIO.

BENV. Cesad, necios. Guardad esas espadas.
Lucháis, y ni sabéis por qué motivo.

Entra TEOBALDO.

TEOB. ¡Qué! ¿Desnudo el acero entre villanos?
A contemplar tu muerte ven, Benvolio.

BENV. Trato de poner paz. Guardad la espada,
O conmigo evitad esta pelea.

TEOB. ¡Hablar de paz, el hierro ya desnudo!
Tal palabra odio yo como al infierno,
Al Montesco y á vos. Venid, cobarde. (Pelean.)

Entran gentes de uno y otro bando que se unen á la pelea;
luégo ciudadanos armados con palos, etc.

CIUD. Trancas, segures, picas. Castigadlos.
¡Mueran los Capuletos y Montescos!

Entran CAPULETO y la SEÑORA DE CAPULETO.

CAPUL. ¿Qué ruido es este? Dadme mi ancha espada.

S. DE C. Una muleta. ¿A qué la espada pides?

CAPUL. Mi espada, digo, que Montesco llega,
Su antiguo acero ante mi faz blandiendo.

Entran MONTESCO y la SEÑORA DE MONTESCO.

MONT. ¡Vil Capuleto! ¡Déjame ir! ¡Aparta!

S. DE M. Ni un paso más darás para buscarlo.

Entran el PRÍNCIPE y servidores.

PRINC. Rebelde gente, que la paz perturba
Su acero al profanar con sangre hermana.
¿No quieren escuchar? Pues, hombres, fieras,
Que así extinguís el fuego de ira indigna
De vuestras venas en las rojas fuentes,
Al suelo arroje la sangrienta mano,
So pena de tormento, el hierro impío,
Y escuchad la sentencia que pronuncio.
Con tres luchas nacidas por acaso
De una vana palabra, por tres veces
Turbado habéis la paz de nuestras calles,
Y á ilustres habitantes de Verona,
Su grave porte abandonando, hicisteis
Que viejas alabardas empuñaran
Sus viejas manos por la paz ociosas,
Para apartaros del conflicto odioso.
Si en mis calles ocurre nueva lucha,
Vuestras vidas habrán de responderme.
Por ahora basta, y que despejen todos.
Tú, Capuleto, al punto ven conmigo;
Y tú, Montesco, me verás más tarde
En Villafranca, nuestra Casa-audiencia,
Donde más te diré sobre el asunto.
Pena de muerte á aquel que aquí quedare.

(Vanse todos menos Montesco, la señora de Montesco y Benvolio.)

MONT. ¿Quién la antigua querella ha renovado?

- Sobrino, ¿al comenzar, presente estabas?
- BENV. Ya de vuestro adversario los sirvientes,
Al llegar, con los nuestros contendían.
Traté de separarlos; pero en esto,
Iracundo, Teobaldo el hierro blande,
Amenazando fiero mis oídos;
Y erguida la cabeza, el aire corta,
Que, ileso, silba y su furor desprecia.
Al són de nuestras sendas cuchilladas,
Acuden de una parte y de otra parte,
Cuando hizo el Rey partir á entrambas partes.
- S. DE M. ¿Y Romeo? ¿Le viste por ventura?
¡Cuánto gozo en saber que ausente estaba!
- BENV. Para que el sol glorioso se asomase
Por los áureos balcones del Oriente
Una hora faltaba, cuando, inquieto,
Al campo á pasear salí, señora.
Y allí, cabe el verjel de sicomoros
Que de la villa al Occidente arraigan,
Ya estaba paseando vuestro hijo.
A su encuentro me fuí; pero él, al verme,
En lo profundo penetró del bosque.
Comprendiendo por mí que en ciertos casos
Más tenemos que hacer mientras más solos,
Seguí mis reflexiones, sin seguirle,
Alegre huyendo del que alegre huía.
- S. DE M. Allí suelen hallarlo con frecuencia,
Su llanto uniendo al matinal rocío,
Y lanzando á las nubes hondos ayes.
Mas cuando el sol que regocija al mundo
Las sombrías cortinas de su lecho
A Aurora en el remoto Oriente aparta,
Huyendo de la luz á casa vuelve,
Y encerrado en su alcoba, y triste, excluye

De allí la hermosa claridad del día,
Oscura noche artificial buscando.
Su fin me inquieta si en caprichos crece
Y la razón en él no prevalece.

BENV. ¿Vos conocéis la causa, noble tío?

MONT. Ni yo la sé, ni averiguarla puedo.

BENV. ¿No recabasteis de él explicaciones?

MONT. Ni yo, ni nadie puede.—Bueno ó malo,
Él solo es consejero de sí mismo.

Adusto, en su secreto se encarcela
Y cauteloso para sí lo guarda,
Como botón que vil gusano roe
Antes de abrir sus pétalos al viento
Y cautivar al sol con su belleza.
Sepa la causa yo de su amargura,
Y trataré de procurar su cura.

BENV. Ved, allí llega. Mi interés me engaña,
O sabré de su mal la causa ahora.

MONT. Ojalá que pudieras tú con maña
Descubrir la verdad.—Venid señora.

(Vanse Montesco y la señora de Montesco.)

Entra ROMEO.

BENV. Hoy madragas.

ROM. ¿Tan joven es el día?

BENV. Las nueve apenas son.

ROM. ¡Horas amargas,
Cuán lentamente caminar os veo!

¿No era mi padre quien de aquí partía?

BENV. Sí tal.—Pero ¿qué penas hacen largas
Las horas de Romeo?

ROM. De aquello carecer que las acorta.

BENV. ¿Son amores?

ROM. Desdenes son.

- BENV. Pretendo acompañarte.
Si así te vas, me dejas ofendido.
- ROM. Cállate, que, perdido,
Romeo debe estar en otra parte.
- BENV. El nombre me dirás de tu adorada.
- ROM. ¿Quieres oír gemir?
- BENV. ¿Gemir?—¿Qué idea!
Mas, seriamente, dime tú quien sea.
- ROM. Dí seriamente, ¡oh frase despiadada!
Al que padece que haga testamento.
¡Seriamente! Me siento
De una mujer enamorado, primo.
- BENV. A eso pudo alcanzar mi puntería.
- ROM. Acertaste. Por una hermosa gimo.
- BENV. Pues si es hermoso blanco, yo diría
Que es fácil dar en él.
- ROM. Mal tiro es éste.
No será fácil: que, á burlar dispuesta,
De Diana imitando la cordura,
Está las flechas que Cupido aseste.
Pueriles asechanzas contrarresta
Del dios de Amor, segura
De santa castidad con la armadura.
De amantes frases el asalto evita;
Huye el ardiente choque de los ojos;
Ni el oro, siempre seductor, la incita.
Es rica, porque es bella:
Pobre, porque al morir, sólo despojos
Quedan de humana perfección tras ella.
- BENV. ¿Voto de castidad hizo, por tanto?
- ROM. Mas no por eso ahorra, desperdicia:
Que mata á la beldad con su avaricia,
Y priva al mundo de su dulce encanto.
Tan discreta, tan bella,

Tan bella por demás, mi desventura
 No debiera causar la dicha de ella.
 Pero de amor abjura,
 Y en ese voto está mi sepultura.

BENV. Ese pensar en ella luégo olvida.

ROM. Enséñame á olvidar como se piensa.

BENV. Que tu vista á ser libre se decida:
 Mira á otras.

ROM. Con luz aun más intensa,
 Así resalta su beldad inmensa.
 El antifaz que la nevada frente
 Besa de una hermosura,
 Por ser negro, más fija en nuestra mente
 De esa tez la recóndita blancura.
 Quien la vista de pronto ve perdida,
 Tanpreciado tesoro nunca olvida.
 Si yo del mundo viera
 A la beldad más rara,
 Fuera sólo cartel donde leyera
 Cuanto en beldad mi amor la aventajara.
 ¡Adiós! No logras enseñarme olvido.

BENV. A anular tu doctrina me decido. (Vanse.)

ESCENA II.

Una calle.

Entran CAPULETO, PARIS y SIRVIENTE.

CAPUL. A Montesco mandato ineludible
 Liga también, y á nuestra edad diría
 Que mantenerse en paz no es imposible.

PARIS. Ambos iguales sois en jerarquía,

Y un cisma separaros no debiera.—

Pero ¿qué respondéis á mi demanda?

CAPUL. Lo dicho.—Que mi hija aun extranjera
Es en el mundo.—¡En los catorcē anda!
No la juzgo madura para esposa
Hasta extinguir su pompa dos veranos.

PARIS. La hay más joven y ya madre dichosa.

CAPUL. No prosperan los árboles tempranos.
Mis esperanzas en la tierra yacen,
Y esto quedó á mi tierra solamente.
Vuestros votos ved, Paris, si la placen,
Que yo consentiré si ella consiente.
Entre los de su rango-libre, elija,
Que no será mi voz quien lo reproche.—
Según uso antiquísimo, cobija
Mi hogar á mis amigos esta noche.
Entre ellos vos estáis. Que holléis anhelo
De mi mansión modesta los umbrales,
Y allí esta noche, iluminando el cielo,
Veréis brillar estrellas terrenales.
Vos gozaréis, cual joven vigoroso
Que aun no pisa en sus pródigos abriles
El talón del invierno perezoso,
Tal reunión de pimpollos femeniles.
Oíd y ved, y vuestro pecho elija
A aquella que más méritos posea.
Examinando bien, quizás mi hija
Una acaso entre tantas sólo sea.—
De la gentil Verona tú las calles
Recorrerás. Encuentra el paradero (Da un papel.)
De aquellos cuyos nombres aquí halles,
Y dí que á honrar mi casa los espero.

(Vanse Capuleto y Paris.)

SIRV.—Que halle yo el paradero de aquellos cuyos nom-

bres están aquí escritos.—Escrito está que el zapatero use la vara, el sastre la horma, el pescador pinceles y redes el pintor; y que á mí me envíen en busca de aquellos cuyos nombres están aquí escritos, por más que no pueda averiguar yo cuáles nombres el escritor ha escrito. Ampárenme los sabios.—Vamos andando.

Entran BENVOLIO y ROMEO.

- BENV. ¡Calla! Un fuego con otro es apagado.
 Un dolor cesa si otro se desata.
 Da vueltas al revés el mareado,
 Y nueva pena antigua pena mata.
 El nuevo mal que por tu vista cojas,
 Del viejo mal curarte te asegura.
- ROM. Curar podrá del plátano las hojas.
- BENV. ¿Eso qué cura?
- ROM. Desollones cura.
- BENV. ¿Demente estás?
- ROM. ¡Demente! Maniatado,
 Más que el demente está. Sin alimento,
 En cárcel oscurísimá encerrado,
 Donde me azotan y me dan tormento.—
 Dios te guarde, buen hombre.
- SIRV. Dios os guarde.
- ¿Sabéis, señor, leer?
- ROM. ¡Por vida mía!
 Mi suerte en mi dolor.
- SIRV. ¡Gentil alarde!
 Sin libro lo aprendisteis juraría.
 Quiero decir, ¿sabréis leer lo escrito?
- ROM. Si es letra clara y el lenguaje claro.
- SIRV. ¿De veras? Pues que os guarde Dios, repito.
- ROM. Detente, que á leer ya me preparo.

(Toma el papel y lee.)

«Señor Martino y su mujer é hijas;
 El conde Anselmo y sus hermanas bellas;
 La señora viuda de Viturbio;
 Señor Placencio y sus sobrinas caras;
 A Mercucio y su hermano Valentino;
 Mi tío Capuleto, esposa é hijas;
 A Rosalía, mi sobrina hermosa;
 A Livia y á Valencio y á Teobaldo
 Su primo; á Lucio y la gentil Elena.»
 ¡Bella reunión!—Y ¿dónde es el reclamo?

SIRV. Allí.

ROM. ¿Dónde?

SIRV. A cenar en casa infiero.

ROM. ¿En qué casa?

SIRV. En la casa de mi amo.

ROM. Su nombre preguntar debí primero.

SIRV. Y yo os contestaré sin que me apriete.

Mi amo es Capuleto, el noble y rico.

Si Montesco no sois, id al banquete

Una copa á estrujar. Yo os lo suplico. (Vase.)

BENV. Tu hermosa idolatrada Rosalía

A este festín tradicional acude

Con las beldades que Verona cría:

Allí tu vista á distinguir te ayude.

Con quien te enseñe yo su faz compara,

Y el cisne en grajo convertirse puede.

ROM. La religión, que, fiel, mi vista ampara,

Falsedad semejante no concede.

Fuego sean mis lágrimas veraces,

Y mis ojos, que ahogarse á veces viera,

Herejes transparentes y falaces

Se quemén sin piedad en esa hoguera.

¡Más bella! Ni ese sol, que lo ve todo,

Tal vió desde que el mundo fué creado.

- BENV. Tus ojos no ven más que á su acomodo.
Su imagen con su imagen han pesado.
En tu balanza de cristal ahora
Vas á pesar á otra mujer tan bella,
Que ese inmenso valer de tu señora
Verás cual cede al contrastar con ella.
- ROM. Iré, pero no ver tal cosa anhelo,
Sino gozarme con mi propio cielo. (Vanse.)

ESCENA III.

Habitación en casa de Capuleto.

Entran la SEÑORA DE CAPULETO y el AMA.

S. DE C. Ama, mi hija ¿dónde está?—Que venga.

AMA. ¡Válgame mi virtud de doce años!
La llamé.—Corderillo. Mariposa.
¡Jesús!—¿Dónde se encuentra esta muchacha?
¡Eh, Julieta!

JUL. ¿Quién llama? dí.

AMA. Tu madre.

JUL. Aquí, señora, estoy. Decid qué ocurre.

S. DE C. Ocurre... Ama, déjanos un rato,
Que á hablar vamos á solas.—Pero vuelve.
Que escuches tú la plática deseo.
En muy crítica edad entra mi hija.

AMA. ¡Vaya! Su edad recuerdo exactamente.

S. DE C. Aun no cumplió catorce.

AMA. Apostaría
Catorce dientes (¡tengo, ay, sólo cuatro!)
Que catorce no son.—¿Cuándo la fiesta

De los Ángeles es?

S. DE C.

En dos semanas.

AMA.

Ya pares, ó ya nones, ese día
 Catorce ha de cumplir anocheciendo
 La fiesta de los Ángeles.— ¡Dios mío!
 Ella y Susana igual edad tuvieran.
 Susana está con Dios. No era yo digna
 De tanta perfección. Tendrá, cual digo,
 La tarde de los Ángeles catorce.
 ¡Vaya si los tendrá! Bien lo recuerdo.
 Hay once años ya del terremoto
 Cuando se despechó. Jamás confundo
 Aquel día entre todos los del año.
 Recuerdo que mi pecho unté en acibar,
 Bajo del palomar al sol sentada.
 En Mantua vos estabais con el amo.
 ¡Tengo yo tal memoria!—Como digo,
 Cuando probó el acibar de mi seno
 Y lo halló tan amargo, la tontucla
 ¡Qué enojada, qué incómoda se puso
 Contra mi pecho! El palomar temblaba,
 Y no le fué preciso despedirme.
 ¡Once años cumplidos desde entonces!
 Teníase ya en pie. ¡Jesús me ampare!
 Ya se tambaleaba ¡y aún corría!
 La víspera, sin más, se hirió la frente.
 Y mi marido (santa gloria goce),
 ¡Qué chusco era! levantó á la niña.
 «¡Vaya!—dijo,—¿de frente te caíste?
 No así caerás al madurar tu juicio,
 Julita, ¿no es verdad?» Y ¡por mi vida!
 «Sí» respondió sus lágrimas limpiando
 La linda picaruela. Con el tiempo
 Se hacen veras las bromas. Si viviese

Lo verás esta noche en nuestra casa.
 Libro es la faz de Paris donde ha escrito
 La pluma del amor dicha sin tasa.
 Observa sus facciones y el resumen
 Y armónico conjunto que presentan:
 Lo que es confuso en tan gentil volumen,
 Sus ojos margen son que lo comentan.
 A este libro de amor no encuadernado
 Una cubierta espléndida conviene.
 En el mar vive el pez. Y honra ha alcanzado
 Toda beldad que otra beldad contiene.
 El libro de áureo broche, con frecuencia
 Del áureo cuento gozará la fama;
 Cuanto tenga será tuyo en esencia,
 Ni serás menos, si mujer te llama.

AMA. ¿Menos? ¡Qué disparate! Más diría,
 Porque esa consecuencia se produce.

S. DE C. Dí si amarás á Paris algún día.

JUL. Veré de amar, si el ver á amar induce.
 Mas tendrá el dardo que mi vista aseste
 Sólo la fuerza que el mandato preste.

Entra un SIRVIENTE.

SIRV.—Señora, los huéspedes llegan. La cena está preparada. Os llaman; la señorita hace falta: maldicen del Ama en la cocina, y todo está á punto. Os ruego que vayáis de seguida.

S. DE C. Te seguimos. Julieta, el Conde espera.

AMA. Vé, niña, y tu fortuna considera. (Vanse.)

ESCENA IV.

Una calle.

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco ó seis máscaras. Gente con antorchas y otros.

ROM. ¿Pronunciamos la arenga como excusa,
O penetramos sin pretexto alguno?

BENV. Pasó el tiempo de tales circunloquios.
Ni hace falta un Cupido, que por venda
Use pañuelo, y de latón pintado
Con arco tartarí nos amenace,
Medroso espantapájaros de damas.
Ni prólogo superfluo débilmente
Repetir al entrar al són de apunte.
Con el compás que gusten que nos midan;
Mas hemos de bailar unos compases.

ROM. Dadme una antorcha, que danzar no quiero.
Cuadra la luz con quien se encuentra á oscuras.

MERC. No tal, Romeo, que danzar te incumbe.

ROM. No lo creas; calzados vais de baile.
Yo me hallo cual tres en un zapato,
Y alzarme así no puedo de la tierra.

MERC. Amante tú, sus alas á Cupido
Toma, y con ellas te alzarás del suelo.

ROM. Tal su dardo me hirió, que ni me sirven
Sus leves plumas ya para elevarme.
Tal me ligó, que traspasar un punto
Los límites no puedo de mi pena,
Vencido al peso que á mi amor oprime.

MERC. No debieras cargarle tanto peso;

- No hay que oprimir á sér tan delicado.
- ROM. ¡Amor sér delicado! Vigoroso,
Rudo, violento, y como el cardo punza.
- MERC. Si es violento contigo, sé violento;
Hiere si él hiere, y lo verás rendido.
Dadme un estuche y guardaré mi rostro.
Caretá á la caretá. ¡Poco importa!
¡Quién nunca analizó deformidades!
Mi antifaz por mi cara se sonroje.
- BENV. Llamad y entrad, y cuando dentro estemos,
Cada cual de sus pies se cuide sólo.
- ROM. ¡Dadme una antorcha! La insensible estera
Hurgue el talon de la festiva turba.
Yo, parodiando de mi abuelo el dicho,
Seré portafarol en este lance;
Que, escaldado, respeta al agua el gato.
- MERC. «Pardos de noche todos son,» decía
El condestable. Ven, te sacaremos
De ese perol de amor donde te escaldas.
¡Vamos, pues, que se acaba la candela!
- ROM. No es verdad.
- MERC. Es decir, que en dilaciones
Se gastan las antorchas, y en remates
Hay que observar la luz que se ha encendido.
Y entiende bien lo que decir deseo:
Tengo así cinco veces más sentido
Que en los cinco sentidos que poseo.
- ROM. ¿Deseas ir al baile? ¿Está probado
Que eso tiene sentido?
- MERC. ¿Lo dudaste?
- ROM. Anoche tuve un sueño.
- MERC. Yo he soñado
Esta noche también.
- ROM. Y ¿qué soñaste?

MERC. Que hay distancia formal de un sueño á un hecho.

ROM. Pronto se pasa al sueño desde el lecho.

MERC. La reina Mab te visitó sin duda;
Es de las badas comadrona. Llega
Como el ágata exigua que en el dedo
Luce de un Regidor; y las narices
Del que duerme recorre en su carroza,
Que arrastran atomísticos corceles.
Son patas de tarántula los rayos;
De alas de cigarrón es la cubierta;
Da el gusano de seda los tirantes;
Húmedos rayos de la luna, arneses;
Concede el grillo un hueso para fusta,
Que termina en el hilo de una araña;
Mosquito chiquitín de gris librea
Es el auriga, la mitad más chico
Que tenue insecto que la dama extrae
Del dedo ocioso con sutil aguja.
Hueca avellana es caja de su coche,
Obra de carpintero de la ardilla,
De *ab-inicio* ebanista de las hadas.
Noche tras noche en ese tren galopa
Por cerebros amantes, y ansias sueñan.
Por las rodillas va de cortesanos,
Y sueñan cortesías. Por los dedos
De abogados, y sueñan con minutas.
Por los labios de damas, y al instante
Sueñan con dulces besos; mas los quema
En ciertas ocasiones si percibe
Que á infecto almíbar sus alientos huelen.
Del pretendiente la nariz recorre,
Quien sueña con que al fin olió su empleo.
Con ápice de rabo de cochino
Cosquillas hace al cura cuando ronca,

Brindándole cercana canonja.
 El pescuezo recorre del soldado,
 Que sueña con matar al enemigo,
 Con asaltos y espadas toledanas,
 Con tragos como albercas, ó de pronto
 Oye el tambor, despierta, se reanima
 Sobresaltado, jura un *Padre-nuestro*,
 Y se vuelve á dormir. Ella entreteje
 La crin de los caballos por las noches,
 Y el cabello á los duendes desaliña
 Y ensucia y enmaraña en crespos rizos
 Que, peinados, auguran grandes males.
 Ella es la bruja que visita el lecho
 De la casta doncella, y la fascina,
 Y por primera vez al mal la induce,
 Y en mujer de buen porte la convierte.
 Ella...

ROM. Calla, Mercucio, calla, calla;
 Hablas sin ton ni son.

MERC. De sueños hablo,
 Hijos de los cerebros que reposan,
 Y engendros de la loca fantasía,
 Más sutil en esencia que los aires,
 Y varia más que el viento que ahora mismo
 El seno besa del helado Norte,
 Y, repulsado, repentino gira,
 Y hacia el húmedo Sur rápido torna.

BENV. Con tanto hablar de viento, nos aventas.
 La cena espera, y llegaremos tarde.

ROM. ¡Harto temprano! Que el recelo abrigo
 De que anuncian los astros desventuras,
 Cuya marcha fatal ha de iniciarse
 Ahora en este festín, y fiera muerte
 Terminará con despiadada saña

La inútil vida que cesó en mi pecho.
 Pero aquel que dirige mi camino
 Guíe mi nave.—Caballeros, vamos.

BENV. Suene el tambor. (Vanse.)

ESCENA V.

Salon en la casa de Capuleto.

Músicos. Entran SIRVIENTES.

SIRV. 1.^o—¿Dónde está Cacerola, que no ayuda á servir?
 ¡Ni quita un plato! ¡Ni friega un plato!

SIRV. 2.^o—Lástima es que la cortesía se encuentre sólo
 en una ó dos manos, y éstas estén sucias.

SIRV. 1.^o—Quitad los bancos. Apartad el aparador. Cui-
 dado con la plata. Escucha, tú. Sálvame un trozo de pas-
 tel, y por la amistad que me tienes te ruego que digas al
 portero que deje entrar á Susana la molinera y á Elenilla.
 —¡Antonio Cacerola!

SIRV. 2.^o—Ya estamos, camarada.

SIRV. 1.^o—Te buscan, te llaman, te citan y te emplazan
 en el estrado.

SIRV. 2.^o—No podemos estar aquí y allí. Vamos, mucha-
 chos, despachad, y el que sobreviva que lo herede todo.

Entran CAPULETO, la SEÑORA DE CAPULETO, JULIE-
 TA, TEOBALDO y otros de la casa, con los convidados
 y máscaras.

CAPUL. Bien venidos. Al baile os desafian
 Las damas de pies ágiles y sanos.
 A bailar, pues, muchachas. Tal oyendo,

¿Quién se puede negar? La remilgada
 Confiesa tener callos.—¿Ando cerca?
 Señores, bien venidos. Hubo día
 En que gasté careta, y al oído
 De una beldad historia murmuraba
 Que solía agrandar. Pasó. Pasó ya todo.
 Bien venidos. ¡Ea, músicos, á ello!
 ¡Plaza! ¡Plaza! Apartad. Bullid, muchachas.

(Música, y bailan.)

¡Hola, chicos, más luz!—Quitad las mesas.
 Y pues hace calor, que el fuego cese.—
 ¡Ah tunante! Á tí el baile te acomoda.—
 ¡Silla! ¡Silla á mi primo Capuleto,
 Que de bailar pasaron nuestros días.
 ¿Desde cuándo no usamos la careta?

CAP. 2.^o ¡Virgen Santa! Lo menos treinta años.

CAPUL. Hombre, no tal, que fué en la boda
 De Lucencio. Llegando Pentecostes,
 Veinticinco se cumplen á lo sumo.

CAP. 2.^o Más, más. Tiene más años ya su hijo.
 Tiene lo menos treinta.

CAPUL. No es posible.
 Era menor de edad hace dos años.

ROM. (A un sirviente.)
 ¿Qué dama es esa, dime, que enriquece
 De ese señor la mano?

SIRV. Yo lo ignoro.

ROM. Avergüenza á la luz su faz radiante,
 Y contrasta la noche con su brillo,
 Cual contrasta el espléndido diamante
 Que ostenta el etiope en su zarcillo.
 Tanta gloria la tierra no merece,
 Ni quien tanta beldad para sí toma,
 Si entre las otras damas aparece

Cual entre grajos cándida paloma.
 Cesado el baile llegaré á su puesto,
 Y mi mano estrechar su mano espera.
 ¿Amé jamás?—Mis ojos niegan esto,
 Que hoy sólo ven belleza verdadera.

TEOB. Montesco por la voz se me figura.—
 Trae, muchacho, mi espada.—¿Que ese infame
 Se atreva aquí á venir enmascarado
 A escarnecer nuestra solemne fiesta?
 Pues juro, por la honra de mi alcornia,
 Que no juzgo pecado darle muerte.

CAPUL. Sobrino, ¿qué te causa tanto enojo?

TEOB. Un Montesco es aquél, nuestro enemigo,
 Que viene expresamente aquí esta noche
 A escarnecer nuestra solemne fiesta.

CAPUL. ¿Es el joven Romeo?

TEOB. El vil Romeo.

CAPUL. Basta, sobrino; déjalo. Se porta
 Cual caballero; y en verdad, lo aclama
 Verona por discreto y virtuoso.
 Ni por todo el tesoro de esta villa
 Le ofendiera en mi casa. Sé paciente,
 Déjalo en paz. Mi voluntad es ésta,
 Y, por tanto, si quieres respetarla,
 Muéstrate afable y deja ese entrecejo;
 Que impropio es tu semblante de un banquete.

TEOB. Cuando hay por huésped sér tan vil... es propio.
 ¡Y no lo he de aguantar!

CAPUL. Has de aguantarlo.

¡Hola, caballero! Ya lo dije.
 ¡Vaya! ¿quién manda en este sitio? ¡Vaya!
 ¿Que no lo aguantarás? ¡Dios me proteja!
 ¿Molestar á mis huéspedes presumes?
 ¿Quieres armar camorra? ¿Hacer el hombre?

TEOB. Es un oprobio, tío.

CAPUL. Vete, véte.

Eres un joven discolo.—¿No es eso?

Pues cara te podrá costar la broma.

¿Quieres contrariarme?—Pues ya basta.—

Bien dicho, niñas.—¡Hola el mequetrefe!

Anda y estate quieto.—¡Luces, luces!

¡Qué vergüenza! Yo haré que te estés quieto.

¡Vaya! ¡Vaya!—Seguid bailando, niñas.

TEOB. Mi calma impuesta y mi espontánea furia

Hacen temblar mis carnes en su choque.

Irme debo de aquí; pero esta injuria,

Hoy dulce, amarga hiel quizás provoque. (Vase.)

ROM. (A Julieta, tomándole la mano.)

Si con indigna diestra he profanado

Tan santo altar, multadme por mi exceso.

Mi boca, peregrino sonrojado,

Cancelará la mancha con un beso.

JUL. El noble peregrino se equivoca,

Clara señal de devoción es esa.

Manos de santo el peregrino toca,

Y con sus palmas el palmero besa.

ROM. ¿Labios no tiene el santo y el palmero?

JUL. Para rezar los usa el peregrino.

ROM. ¡Ah, santa! Siendo así, que muden quiero

Con mis manos mis labios de destino;

Que recen, y acceded á lo que imploran.

JUL. Tranquilo escucha el santo si suplican.

ROM. Pues inmóvil quedad mientras que oran

Y esos labios á mí me purifican. (Besándola.)

JUL. Mis labios, pues, vuestro pecado ostentan.

ROM. ¿Pecado de mis labios? Necesario

Es que de tal delito se arrepientan.

Volvédmelo. (Volviéndola á besar.)

- JUL. Besáis por brevíario.
- AMA. Te quiere hablar tu madre.
- ROM. ¿Quién es ella?
- AMA. La dueña de esta casa, caballero,
Es su madre. Discreta, virtuosa
Y excelente señora; yo á su hija,
Con quien ha poco hablabais, he criado,
Y monedas tendrá quien la captive.
- ROM. ¿Capuleto ella es? ¡Suerte funesta!
Mi vida deuda es ya de mi enemigo.
- BENV. Marchemos, que en su punto está la fiesta.
- ROM. ¡Cuán cierto es! Y por mi mal lo digo.
- CAPUL. No os despedáis tan pronto, caballeros.
Aun falta un modestísimo banquete.
Mas ¿os vais? Pues daré gracias á todos.
Mil gracias, caballeros.—Buenas noches.
¡Luces, traed más luces!—Ahora al lecho.
¡Ah, primo, tarde es ya, por vida mía!

(Al segundo Capuleto.)

Vamos á descansar.

(Vanse todos menos Julieta y el Ama.)

- JUL. Ama, dí, ¿quién es ese caballero?
- AMA. Del anciano Tiberio el mayorazgo.
- JUL. ¿Quién es aquél que sale por la puerta?
- AMA. Es el joven Petrushio, me parece.
- JUL. ¿Y el que le sigue, que bailar no quiso?
- AMA. No sé.
- JUL. Que lo averigües tú deseo.
Si es casado, será, se me figura,
Mi tálamo nupcial mi sepultura.
- AMA. Es un Montesco, y llámase Rómeo,
El heredero de esa raza impura.
- JUL. Amor, de mi odio único nacido,
Harto pronto te ví sin conocerte,

Y tarde por demás te he conocido.
 Aborto del amor, quiere mi suerte
 Que dé mi amor á un sér aborrecido.

AMA. ¿Qué dices tú, qué dices?

JUL.

Repetía
 Versos que uno al bailar me ha recitado.
 (Una voz dentro llama á Julieta.)

AMA.

Ya va. Ya va. ¡Ea, vamos, vida mía!
 Que los huéspedes todos se han marchado.
 (Vanse.)

Entra el CORO.

CORO. Ved la antigua pasión agonizante,
 Y afán reciente que heredarla ansía.
 A la beldad por quien amor gemía,
 Julieta eclipsa con su luz radiante.
 Romeo, tan amado como amante,
 Reclama de un contrario su alegría,
 Y ella el cebo de amor, en su agonía,
 Pendiente ve de anzuelo amenazante.
 Él de enemigos el desdén soporta,
 Y ni puede expresar su amante duelo,
 Y á ella también, aunque en su amor absorta,
 Vedado está manifestar su anhelo.
 Mas tiempo y medios la pasión procura,
 Templando gran dolor con gran ventura.

(Vase.)